

Luciano GALLINARI, *Una dinastia in guerra e un re descurat? I giudici d'Arborea e Giovanni I re d'Aragona (1379-1396)*, Cagliari, Consiglio Nazionale delle Ricerche – Istituto di Storia dell'Europa Mediterranea, 2013, 443 pp. (colección “Europa e Mediterraneo. Storia e immagini di una comunità internazionale”, núm. 30), ISBN: 978-88-97317-12-8

La expansión de la Corona de Aragón por el Mediterráneo medieval y, especialmente, su presencia en Cerdeña constituyen temas de permanente preocupación en la historiografía. Si nos referimos en concreto a la realidad sarda, desde la conquista de esta isla por parte aragonesa en 1323, tres fueron los grandes protagonistas de la vida política y económica del territorio hasta inicios del siglo XV: la propia Corona de Aragón, la Génova que también poseía allí amplios intereses y el denominado *Giudicato d'Arborea*, cuyo origen se atribuye al resultado de la larga evolución y reorganización internas de viejas instituciones bizantinas, ya presentes en Cerdeña desde el siglo VI. En consecuencia, siempre a partir de la tercera década del XIV, la confrontación entre sardos, genoveses y *catalani* (vocablo genérico que, en la Edad Media, servía en ocasiones para englobar a los súbditos ibéricos de la monarquía aragonesa) determinó en buena medida el devenir durante mucho tiempo de la historia sarda.

Todo ello es recordado acertadamente en este libro por Luciano Gallinari (por ejemplo, en las pp. 31, 70-71 y 95), quien se marca en el volumen lo que creo que son dos objetivos básicos: el primero, desde el punto de vista argumental, delinear al detalle lo sucedido en torno a Cerdeña a través del contraste entre Aragón, Génova y Arborea en el curso del Trecentos, con una atención preferente por la etapa comprendida entre los últimos años del rey aragonés Pedro IV (fallecido en 1387) y la muerte en 1396 de su hijo y heredero, Juan I (pp. 18 y 32); el segundo, desde la perspectiva analítica, propiciar una actualización metodológica en el estudio del período señalado, que es fundamental en el Medievo sardo, y de las relaciones que pusieron entonces en marcha sobre distintos planos los actores de los acontecimientos (pp. 29-30).

En la propuesta de Gallinari, la actualización que acabo de citar contiene apelaciones concretas, entre otras, a los procedimientos y los conceptos propios de las ciencias sociales y la antropología y al interés por observar los fenómenos identitarios, cuya investigación está muy en boga desde hace años entre los historiadores, no sólo los de la Cerdeña medieval. De entrada, el autor se ve obligado a practicar este ejercicio de puesta al día por un hecho vinculado a su mismo trabajo: la presente obra parte de una tesis doctoral defendida en 1996 y que, por tanto, necesitaba de una completa revisión que plantease nuevas claves de lectura (p. 18). Pero, con mayor profundidad, la actualización mencionada viene exigida

por dos cuestiones más: por un lado, la insatisfacción o el directo desacuerdo de Gallinari, ya sea con el retrato que la historiografía ha ofrecido hasta la fecha de las circunstancias y el momento cronológico en que él aspira a fijarse, ya sea en general con algunas de las interpretaciones más difundidas sobre lo que es el Medievo sardo (pp. 18-19 y 24-26); por el otro, la cautela con la que siempre cabe examinar la documentación relativa a ese Medievo sardo. Como el autor vuelve a recordar (pp. 20-21), la escasez de las fuentes insulares de la época suele llevar a los expertos a recurrir, como él mismo hace, a los archivos y las bibliotecas de Barcelona, Génova o París. En estas ciudades se conservan abundantes depósitos referidos a Cerdeña, aunque brindan en numerosas oportunidades imágenes que emanan de una visión externa a la isla. Así, se origina un espejo heurístico *di per sé diformante*, que debe explorarse sólo mediante la utilización de cuidadosos filtros y la asunción crítica de los términos textuales de los documentos, con la esperanza de aprehender su valor semántico y cultural y su finalidad de construcción de ciertos discursos.

La aplicación de todos estos principios conduce a Luciano Gallinari a exponer una investigación en la que Cerdeña es un mero observatorio preferencial, puesto que el verdadero escenario de la obra es el conjunto de la cuenca mediterránea a finales del XIV (p. 32). Dicha aplicación también provoca que el libro posea desde su inicio una fuerte (y loable) impronta historiográfica y metodológica. Lo reconoce Flocel Sabaté en el prefacio con el que se abre la edición (pp. 7-15), al colocar el trabajo de Gallinari en el proceso de renovación constante de los análisis sobre la Corona de Aragón y Cerdeña. Lo demuestra aún más el propio autor en la extensa introducción que dedica después al volumen (pp. 17-52), donde va desgranando las diferentes bases del mismo y con una claridad que es de agradecer.

Con posterioridad, dos amplios capítulos permiten apreciar la concreción práctica de la labor realizada. El Capítulo I (pp. 53-130) se focaliza en las dificultades y las transformaciones que a lo largo del Trecentos experimentaron Génova, la Corona de Aragón y Cerdeña, incluyendo el territorio de Arborea. Por el contrario, el Capítulo II (pp. 131-328) entra de manera directa y pormenorizada en el período y la acción de gobierno de Juan I y en cómo este afrontó el problema sardo, contando con diversas vicisitudes de paz y conflicto. Las oportunas conclusiones (pp. 329-335) cierran la parte argumental de la publicación. Pero, a ellas, aún sigue un apéndice (pp. 337-396) con la transcripción de 41 documentos de 1386-1396, procedentes del *Archivio di Stato* de Génova y del Archivo de la Corona de Aragón, y también el elenco de la bibliografía y las fuentes editadas que se han empleado en el libro (pp. 397-430), así como sus correspondientes índices onomástico y toponímico (pp. 431-443).

En el desarrollo de los capítulos y las conclusiones de la obra sobresale la continua interrelación que el autor establece tanto entre asuntos dinásticos, político-institucionales y económicos, ante todo comerciales, como entre cuestiones referidas en general al Mediterráneo occidental y aquellas otras más vinculadas a Cerdeña. Por supuesto, esto subraya la complejidad de los fenómenos detectados por Gallinari, pero corrobora asimismo lo que sugiere Flocel Sabaté en su prefacio (pp. 11-12), desde la óptica específica de la Corona de Aragón: la imposibilidad de separar, en la historia medieval de esta Corona, su actividad mediterránea y su realidad interna. En esta realidad hay que tener en cuenta la articulación política y administrativa de sus distintos países y grupos sociales, también los elementos de fragmentación jurisdiccional en sus territorios. Articulación y elementos que, por ejemplo, estarían en la base de algunas situaciones acreditadas por Gallinari, de contraste entre la monarquía y los reinos de Valencia y Mallorca hacia 1388 (pp. 168-173), que demostrarían el precario equilibrio en el que se vieron envueltos los soberanos aragoneses a la hora de ejercer su jurisdicción.

Siguiendo con la perspectiva aragonesa, y para el caso de Juan I, el análisis de su actuación debe afrontar además lo que el volumen califica como “la imagen historiográfica de un rey discutido” (p. 131). Esto es: la imagen de un gobernante que no gozó de gran consideración entre sus contemporáneos y que ha sido dibujada muchas veces por los historiadores en negativo, con los rasgos de un rey negligente o *descurat* (descuidado) en su atención por la política. Frente a este diagnóstico, Luciano Gallinari se decanta claramente por una revalorización de la figura de este monarca, al menos por lo que revela su comportamiento en relación con Cerdeña, los sardos y los genoveses. Según la presente investigación, Juan I sí fue un rey constantemente empeñado en el tema sardo, preocupado hasta el detalle en aspectos como los preparativos para ofrecer ayuda a las fortalezas de la isla o la obtención de recursos financieros necesarios para hacer frente a las amenazas militares. En este sentido, siempre en torno a Cerdeña, también fue un soberano que prefirió la diplomacia a las armas y, por eso, su breve reinado parece suponer un momento de recuperación de energías por parte de la Corona aragonesa, tras la sucesión de turbulencias que provocó la etapa de su padre, Pedro IV (pp. 329-331).

Con replanteamientos como este, el libro de Gallinari completa su significado y acaba de adquirir su carácter de obra de lectura muy recomendable. Desde luego, lo es para los especialistas del Medievo en Cerdeña, la Corona de Aragón y Génova. Pero, más en general, también lo es para los interesados en el Mediterráneo medieval, por las sugerencias metodológicas que contiene y por lo que el trabajo desplegado por el autor implica en la evolución y la revisión historiográficas de los temas abordados.

David Igual Luis
Universidad de Castilla-La Mancha